Marguerite Duras

Yann Andréa Steiner

Traducción de Manuel de Lope

Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Yann Andréa Steiner*

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Fotografía de Fernando Madariaga

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© P.O.L. éditeur, 1992
© de la traducción: Manuel de Lope Rebollo, 2019
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2019
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9181-497-9
Depósito legal: M. 3.832-2019
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Ante todo, en el comienzo de la historia que aquí se cuenta tuvo lugar la proyección de *India Song* en un cine de arte y ensayo de esta gran ciudad en la que vives. Después de la película hubo un debate en el que participaste. A continuación, terminado el debate, fuimos a un bar con los jóvenes candidatos a una cátedra de filosofía, entre los que te encontrabas. Fuiste tú mismo quien me hizo recordar después, mucho después, la existencia de ese bar, bastante elegante, agradable, y también que aquella noche yo había bebido dos whiskies. Yo no guardaba ningún recuerdo de aquellos whiskies, ni de ti, ni de los demás candidatos, ni del lugar. Me acordaba, o más bien conservaba la impresión, de que me habías acompañado al aparcamiento del cine, donde había dejado mi automóvil. Yo tenía todavía aquel R-16 que adoraba y que conducía aún bastante rápido en aquella época, inclu-

so después de los percances de salud que padecí por culpa del alcohol. Me preguntaste si tenía amantes. Dije: Ninguno ya, y era cierto. Preguntaste a qué velocidad circulaba yo por la noche. Dije a ciento cuarenta. Como todo el mundo con un R-16. Era magnífico.

Comenzaste a escribirme cartas después de aquella velada. Muchas cartas. Algunas veces una al día. Eran cartas muy cortas, una especie de billetes, eran, sí, como llamadas lanzadas desde algún lugar imposible para vivir, mortal, una especie de desierto. Aquellos gritos eran de una belleza evidente.

Yo no te contestaba.

Conservaba todas las cartas.

En el encabezamiento de las cartas podía leerse el nombre del lugar en que habían sido escritas y la hora o el tiempo que hacía: Sol o Lluvia. O Frío. O: Solo.

Y luego, una vez, dejaste pasar bastante tiempo sin escribir. Un mes quizá, ya no sé cuánto duró aquello.

Entonces, a mi vez, en el vacío que había dejado aquella ausencia de cartas, de llamadas, te escribí para sa-

ber por qué no me escribías, por qué así, de repente, por qué habías dejado de escribir como si te vieras absolutamente impedido de hacerlo, por ejemplo a causa de la muerte.

Te escribí esta carta:

Yann Andréa, este verano encontré a alguien que conoces, Jean-Pierre Ceton. Hemos hablado de ti, no hubiera podido adivinar que os conocíais. Y después, hubo tu nota bajo mi puerta en París luego de *Navire Night*. Intenté telefonearte, pero no encontré tu número. Y después hubo tu carta de enero –una vez más yo estaba en el hospital, otra vez enferma, ya no sé exactamente de qué, me dijeron que intoxicada por los nuevos medicamentos llamados antidepresivos–. Siempre la misma cantinela. No era nada, el corazón no tenía nada, yo ni siquiera estaba triste, había llegado al cabo de alguna cosa, eso era todo. Bebía todavía, sí, en invierno, por las noches. Hacía años había dicho a mis amigos que no vinieran de fin de semana. Vivía sola en aquella casa de Neauphle donde podrían habitar diez personas. Sola en catorce habitaciones. Una se acostumbra al eco. Eso es todo. Y luego, te escribí para comunicarte que acababa de terminar la película *Su Nombre de Venecia en Calcuta desierta,* ya no sé muy bien lo que te decía de ella, sin duda que me gustaba como me gustan casi todas mis películas. No contestaste aquella carta. Después hubo los poemas que me enviaste, algunos de los cuales me parecieron muy

hermosos, otros menos, y eso no sabía cómo decírtelo. Eso es todo. Eso es todo, sí. Que tus cartas eran tus poemas. Tus cartas son bellas, las más bellas que he recibido en mi vida, me parecía, hasta el punto de ser dolorosas. Quisiera hablarte hoy. Me encuentro algo convaleciente pero escribo. Trabajo. Creo que la segunda *Aurelia Steiner* ha sido escrita para ti.

Me parecía que tampoco aquella carta pedía respuesta. Te daba noticias mías. La recuerdo como una carta afligida, descompuesta, yo estaba como desanimada por no sé qué inconveniente acaecido en mi vida, qué nueva soledad inesperada, reciente. Durante mucho tiempo no supe casi nada de aquella carta, ni siquiera estaba segura de si la había escrito aquel verano en que apareciste en mi vida. Ni desde qué lugar de mi vida la había escrito. No creía que fuera desde aquel lugar junto al mar, pero tampoco sabía desde qué otro lugar. Mucho después creí recordar el ámbito de mi habitación alrededor de mi carta, la chimenea de mármol negro y el espejo frente al que precisamente me encontraba. Me pregunté si era necesario enviártela. No estuve segura de haberla enviado hasta que me dijiste haber recibido una carta mía de ese tipo, dos años antes.

No sé si he vuelto a ver aquella carta. Me hablaste mucho de ella. Te sorprendió. Decías que era terrible, que contaba toda mi vida, mi trabajo, pero ni por un momento mi vida era enunciada. Y ello en una suerte

de indiferencia, de distracción, que te había espantado. Me hiciste saber que te la había enviado desde Taormina. Pero que estaba fechada en París, cinco días antes.

Años más tarde, aquella larga carta mía se extravió. Decías que la habías colocado en un cajón de la cómoda del apartamento de Trouville, y que después fui yo misma quien probablemente la retiró de la cómoda. Pero aquel día ya no sabías nada de lo que sucedía en la casa ni en otra parte. Estabas en los parques y en los bares de los grandes hoteles de Mont Canisy, en busca de los guapos camareros de Buenos Aires y de Santiago contratados durante la temporada de verano. Mientras yo andaba perdida en el laberinto sexual de *Los ojos azules pelo negro.* Mucho después, cuando hablé de aquella historia tuya y mía en ese libro, encontré la carta en la cómoda, de donde nunca había salido.

Dos días después de haber encontrado aquella carta me telefoneaste aquí, a Roches Noires, para decirme que vendrías a verme.

Al teléfono tu voz sonaba ligeramente alterada como por el miedo, intimidada. Yo no la reconocía. Era... no sé decirlo... sí, eso es, era la voz de tus cartas, que precisamente yo inventaba cuando telefoneaste.

Escribiste: Voy a ir.

Yo pregunté: Para qué venir.

Dijiste: Para conocernos.

En aquella etapa de mi vida, que vinieran a verme así, de lejos, era un acontecimiento espantoso. Es verdad que nunca, nunca hablé de mi soledad en aquella etapa de mi vida. Aquella soledad que vino después de *El arrebato de Lol V. Stein,* la de *Blue Moon, El amor, El vicecónsul.* Aquella soledad era la más profunda de mi vida, pero a la vez también la más feliz.

No la sentía como tal sino como la oportunidad de una libertad decisiva en mi vida pero hasta entonces ignorada. Comía en el Central –siempre igual– cigalas al natural y un Mont Blanc. No me bañaba. El mar estaba tan poblado como la ciudad. Lo hacía por la noche, cuando mis amigos Henry Chatelain y Serge Derumier venían.

Dijiste que después de aquella llamada telefónica me telefoneaste varios días seguidos, y que yo no estaba allí. Después te dije la razón, te recordé mi viaje a Taormina, el festival de cine donde debía reunirme con un amigo muy querido, Benoit Jacquot. Pero que pronto estaría allí, de nuevo a la orilla del mar, para escribir también cada semana las crónicas del verano de 1980 para *Libération,* como sabías.

Te pregunté también: ¿Para qué venir?

Dijiste: Para hablarte de Théodora Kats.

Dije que había abandonado ese libro sobre Théodora Kats que durante años había creído posible. Que lo había ocultado para la eternidad de mi muerte en un lugar judío, una tumba sagrada para mí, inmensa, sin fondo, prohibida a los traidores, esos muertos-vivientes de la traición fundamental.

Pregunté cuándo llegabas. Contestaste: Mañana por la mañana, el autobús llega a las diez y media, estaré en tu casa a las once.

Te esperé en el balcón de mi habitación. Cruzaste el patio de Roches Noires.

Había olvidado al hombre de *India Song.*

Eras una suerte de bretón alto y delgado. Me resultaste discretamente elegante; tú no sabías que lo eras, eso se ve siempre. Andabas sin mirar el gran edificio de la Residencia. Sin mirar en absoluto hacia mí. Llevabas un gran paraguas de madera, una especie de parasol chino de tela barnizada que muy pocos jóvenes tenían entonces, en los años ochenta. Llevabas también un pequeño equipaje, una bolsa de tela negra.

Cruzaste el patio a lo largo del seto, te dirigiste oblicuamente hacia el mar y desapareciste en el vestíbulo de Roches Noires sin haber levantado la vista hacia mí.

Eran pues las once de la mañana, a principios del mes de julio.

Era el verano de 1980. Verano de viento y de lluvia. El verano de Gdansk. El del niño que lloraba. El de aquella joven monitora. El de nuestra historia. El de la historia que aquí se cuenta, la del primer verano de 1980, la historia entre el jovencísimo Yann Andréa Steiner y aquella mujer que escribía libros y era vieja, ella, y estaba sola como él en aquel verano de por sí grande como toda Europa.

Te había dicho cómo encontrar mi apartamento, el piso, el corredor, la puerta.

Tú nunca volviste a la gran ciudad de Caen. Era en julio de 1980. Hace doce años. Tú sigues allí, en ese

apartamento, aquí, durante los seis meses de vacaciones anuales que tomo desde aquella enfermedad que duró dos años. Un coma espantoso. Algunos días antes de que me desahuciaran por decisión unánime de los médicos de mi sección del hospital, abrí los ojos. Miré. Las personas, la habitación. Me lo contaron. Miré a aquellas personas inmóviles, de bata blanca, que me sonreían con una especie de locura, una felicidad demencial y silenciosa. No reconocí sus rostros pero reconocí su forma de seres humanos, no reparé en las paredes, ni en los aparatos, sólo en aquellas personas con ojos que me miraban. Y después volví a cerrar los ojos. Para volverlos a abrir a continuación, para verles aún mientras, según me contaron, esbozaba una sonrisa divertida en los ojos.

Hubo un silencio.

Y después fueron los golpes en la puerta y después tu voz: Soy yo, Yann. No respondí. Los golpes eran muy muy débiles, como si todo el mundo durmiera alrededor, en aquel hotel y en la ciudad, en la playa y en el mar y en todas las habitaciones de hotel las mañanas de verano a la orilla del mar.

Una vez más no abrí en seguida. Todavía esperé. Repetiste: Soy yo, Yann. Con la misma suavidad, la misma calma. Esperé todavía. No hice ningún ruido. Hacía diez años que vivía en una soledad muy severa, casi monacal, con Anne-Marie Stretter y el vicecónsul de Francia en Lahore, y ella, la reina del

Ganges, la pordiosera de la ruta del té, la reina de mi infancia.

Abrí.

Nunca se conoce una historia antes de que haya sido escrita. Antes de que haya sufrido la desaparición de las circunstancias que han hecho que el autor la escriba. Y sobre todo antes de que haya sufrido en el libro la mutilación de su pasado, de su cuerpo, de vuestro rostro, de vuestra voz, antes de que se convierta en irremediable, de que alcance un carácter fatal. Quiero decir también: antes de que en el libro se objetivice, se aleje de su autor y se pierda para él, durante el resto de la eternidad.

Y después hubo la puerta que se cerraba detrás de ti y de mí. Detrás del cuerpo nuevo, alto y delgado.

Y después hubo la voz. Aquella voz de increíble dulzura. Distante. Real. Era la voz de tu carta, la voz de mi vida.

Hablamos durante horas.

Hablamos siempre de libros. Siempre, durante horas. Hablaste de Roland Barthes. Te recordé mi opinión sobre él. Te dije que cambiaría sin vacilar todos los libros de Roland Barthes por mis rutas del té en los bosques de Birmania, el sol rojo y los niños muertos de pobreza del Ganges. Ya lo sabías. También dije que no llegaba a leerle en absoluto, que Roland Barthes

para mí era la falsificación de lo escrito y que había muerto de esa falsedad. Más tarde, te dije que un día Roland Barthes, en mi casa, me había aconsejado amablemente «volver» al género de mis primeras novelas «tan sencillas y encantadoras» como *Un dique contra el Pacífico, Los caballitos de Tarquinia, El marino de Gibraltar.* Me reí. Dijiste que no volveríamos a hablar de ello. Y adiviné que estabas harto de ese brillante autor.

También hablamos, como se hace siempre, del hecho considerable de escribir. Libros y más libros.

Cuando comenzaste a hablar de libros, detrás de tu mirada atenta, tu razonamiento lúcido, perfecto, me sorprendió atisbar una especie de urgencia que no llegabas a moderar, como si de pronto necesitases ir deprisa para poder decirme todo lo que habías decidido decirme y también todo lo que habías decidido no decir. Todo lo que querías decirme antes de que súbitamente apareciera la evidencia, la cosa, terrible, esclarecedora, aquella decisión que habías tomado: conocerme antes de suicidarte.

Muy pronto lo único que supe de ti fue eso.

Mucho más tarde, hablaste de ello, dijiste que sin duda era cierto, sí, pero, con tono inexpresivo, añadiste: Como tú de otra manera. No pronunciaste la palabra; más tarde comprendí que incluso debías silenciar

la palabra en ti mismo, aquella palabra dicha en tu sonrisa: escribir.

Después cayó la tarde. Dije: Puedes quedarte aquí, puedes dormir en la habitación de mi hijo, que daba sobre el mar y la cama estaba hecha.

Que también podías tomar un baño, si te apetecía.

Lo mismo que si preferías salir.

Y también, por ejemplo, que podías comprar un pollo frío, una lata de crema de castañas, crema fresca para acompañar, y fruta y queso y pan. Eso era lo que yo comía cada tarde para simplificar mi vida. Agregué que para ti podías comprar una botella de vino. Ciertos días yo bebía menos. Nos reímos los dos.

Al instante de haber salido, regresaste. El dinero, dijiste, con el billete de autobús me lo gasté todo, lo había olvidado.

Devoraste todo con un apetito infantil que yo todavía no sabía que era habitualmente el tuyo.

Mucho después dijiste que todavía tenías hambre al levantarte de la mesa. Incluso después de toda la crema de castañas que comiste con la crema fresca, sin percatarte de ello.

Quizá fue aquella noche, contigo, cuando volví a beber. Nos bebimos las dos medias botellas de Cotes du

Rhóne que había comprado en la rue des Bains. Era un vino oreado, imposible de beber. Nos bebimos las dos medias botellas de ese vino de la rue des Bains.

La primera noche dormiste en la habitación que da al mar. No llegó ningún ruido de esa habitación, como cuando yo estaba sola. Debías de estar extenuado de fatiga desde hacía días y días, meses, años de plomo quizá, años áridos, trágicos, años de la soledad, de la perspectiva de emplear el tiempo, del calvario, del deseo púber y su soledad.